

SEMINARIO “El libro: del Incunable al e-book”

Dirigido y Coordinado por: Yolanda Arencibia Santana

Organizado por: Cátedra Pérez Galdós

Martes 09 de noviembre de 2010, 20:00 horas

Casa-Museo Pérez Galdós, Las Palmas de Gran Canaria



Ponencia: "Memoria de una editora (Taller Ediciones JB)", Josefina Betancor.

Voy a empezar con un pequeño preámbulo sobre la situación cultural que se vivía en España a finales de los años 60, época que si por comparación a otras anteriores pudiera verse como algo aperturista, no hay más remedio que entenderla, no sólo desde hoy, sino también entonces, como un largo epílogo, vivido y coleando, de la cerrazón política y cultural que padecimos tantísimos años. Se comprenderá que en esta década era un objetivo vital para unos cuantos, no para todos por supuesto, abrir brechas desde revistas, editoriales, mesas redondas, etc. De todos modos, había que tener mucho cuidado en no levantar la mosca demasiado alto, para que no se llevara el correspondiente papirotazo mortal, como ocurrió con la prestigiosa editorial Ciencia Nueva, que publicó su primer libro en 1965 y tuvo que cerrar en 1970, al denegársele rotundamente el pié editorial del que sólo había disfrutado provisionalmente. Es una época de revistas punteras que, por nombrar algunas me remito a *Triunfo*, *Cuadernos para el diálogo*, por ejemplo.

Por nuestra parte, inmersos también en ese empeño de resquebrajar aquellas estrecheces mentales, y de otro tipo, por supuesto, nos hicimos cargo de la Colección “poesía para todos”, de la que sólo se llegaron a publicar 9 títulos. La idea de la colección surgió de una conversación entre Caballero Bonald, Feria, Quiñones y Padorno sobre la dificultad de escribir un poema largo. Aparte del fin literario, poético, se quería constituir una especie de grupo de presión, al estilo del grupo pictórico “El Paso”, pero con bastantes dosis de utopía; los poetas en general fabulan bastante, ¿no?, y piensan que con la poesía se puede incluso tirar un gobierno... También en los años 60 Padorno, Manuel, había trabajado en Taurus y había maquetado libros y catálogos para la Galería Juana Mordó y para otras galerías.

Tuvimos que esperar años para que fuera atendida nuestra solicitud de pié editorial, y lo conseguimos, como se suele decir, de chiripa. Manuel llevaba el Cine Club de Puente Cultural, en el que organizó un certamen de cortos, cuyo premio se le concedió precisamente a Manolo Millares. En la mesa oficial estaba sentado a mi derecha el representante del Ministerio de Cultura y se me ocurrió hablarle de las dificultades que teníamos con la concesión del dichoso pié editorial. Y él, de repente me dijo, “ven el lunes por el Ministerio”. Este señor, del que no recuerdo su nombre ahora, sí su cara, porque además aparece en la foto, fue una especie de bienhechor voluntario. Después de darle vueltas, por si pudiera haber gato encerrado, aceptando aquel regalo del azar, fui el lunes al Ministerio y con un poco mas de papeleo, ésta vez casi normal, conseguimos el pié editorial, Taller de Ediciones, al que al final tuvimos que añadir la coletilla con mi nombre. Era el último requerimiento por parte de ellos para tener a mano a una persona concreta a quién echar el guante si se terciara.



Josefina Betancor, Yolanda Arencibia y Javier Doreste.

Los participantes de Taller, con sus aportaciones económicas, fueron los arquitectos Manuel de la Peña y Ulises Medina; Martín Chirino, Manuel Padorno y yo. Reunimos para empezar 500.000 pesetas. Gracias al apoyo y total confianza que depositaron en nosotros pudimos echar a andar, en una aventura en la cual Padorno y yo nos empeñamos duramente unos cuantos años. Contamos con un grupo de asesores que no es cuestión ahora de mencionar, arquitectos, profesores de universidad, investigadores, etc.

Desde el principio tuvimos claro que íbamos a librar una batalla en defensa de los autores y temas canarios, pero no como objetivo exclusivo, sino integrando las obras al programa general de la editorial. Yo he oído decir, bueno, hemos oído decir, que Taller ha sido la primera editorial canaria, un título muy bonito y de agradecer, pero creo que no se ajusta a la realidad, pues nuestro propósito no fue nunca enmarcarnos sólo en el ámbito canario, sino justamente lo contrario, darle amplitud universal a lo canario. Todos nuestros libros, los canarios o no canarios, se han difundido no sólo en nuestro país, sino en Europa y, a través de distribuidores, como fue el Fondo de Cultura Económica en Méjico, o corredores, estuvieron presentes en todos los países americanos de habla hispana. Otra cosa muy distinta fueron los fallidos reembolsos económicos. Cuando tuvimos que cerrar por asfixia económica, teníamos cobros pendientes con América Latina de unos

cuantos cientos de miles, de pesetas, por no decir algunos milloncejos. Este problema de impagos nos atenazaba especialmente a los pequeños editores. En un momento dado, unos cuantos de estos editores, jóvenes progresistas, llamados pequeños por su capacidad económica, no por categoría cultural, formamos una asociación para apoyarnos en temas, como las compras de las bibliotecas oficiales, las subvenciones, asistencias a ferias del libro, derechos de autor, distribuidores, etc. A esta asociación de pequeños y medianos editores de Madrid (sus siglas eran ADEPIM), pertenecimos Ediciones de la Torre, Edición Popular, Fundamentos, Ediciones Ricardoaguilera, Taller Ediciones JB, Grupo Cultural Cero, Miraguano, Ediciones Revolución, etc. De algún modo, creábamos cierta incomodidad al gremio de editores de Madrid, que llevaba con muy buenas palabras pero con mano férrea Francisco Pérez González, Pancho, que acaba de dejarnos después de una larga vida dedicada al libro. Los grandes editores nos respetaban en cierto modo. En general suelen ser los pequeños los que descubren y alientan los primeros pasos de los grandes escritores, hasta que casi irremediabilmente, pasan a las altas esferas.



Josefina Betancor y Yolanda Arencibia.

Pero hubo algún gran editor, como Lara, por ejemplo, que se tomó la molestia de hablar despreciativamente de los editores que además de cuidar a los autores, corregir pruebas y cargar cajas, eran los que abrían la puerta de la editorial y yo digo ¡a mucha honra!

Encontré en Internet un manifiesto de hace poco, del año 2007 o 2008, que podíamos haber suscrito hace treinta años, con el rimbombante título de "Manifiesto de los editores independientes a favor de la biodiversidad". Leo un párrafo: "Declaramos pertenecer a un numeroso colectivo de editores, medianos o pequeños, que desde su opción personal apuestan por la calidad, defienden el valor simbólico de la edición y se sienten cómplices de los autores, de los librerías, de los bibliotecarios, y en fin, de los lectores y ciudadanos comprometidos con los valores que el libro encarna". Nosotros no lo supimos decir así tan clarito, pero bueno. Teníamos distribuidores comunes, casetas compartidas en ferias del libro, y sobre todo, apoyo moral entre todos, que era fundamental en una época en que se empezaba a hablar de libertad y tolerancia, pero en la que seguíamos sujetos, por ejemplo, a la censura, aunque teóricamente había sido abolida por la Ley Fraga de 1966.

Para los editores pequeños como Taller, fue una época muy difícil porque no contábamos con los apoyos necesarios para la difusión de nuestros libros. Eran los años en que los grandes editores abrían distribuidoras propias, incluso sucursales productivas, en Méjico, Buenos Aires, Chile. La dependencia de las editoriales españolas de la expansión en América Latina era total. El mercado exterior consumía el 60% del volumen del negocio editorial, principalmente de los grandes editores, claro.

La mayoría de los editores pequeños del grupo nuestro entraron al final a formar parte del gremio de editores, integrándose en una comisión de pequeñas editoriales. Taller no entró, ya estaba bastante tocado.

Aparte de todo eso también ocurrieron otras muchas cosas, como por ejemplo la crisis del petróleo de 1974 que nos afectó a fondo. El planning diseñado inicialmente para los tres primeros años saltó por los aires.

A pesar de todos los pesares, creo que ninguno de los esfuerzos serios que se hagan por difundir la cultura caen en el vacío. Para nosotros fue una tarea ilusionante que desempeñamos más con entusiasmo que con medios. Con las publicaciones de Taller se iniciaron en España algunos caminos que luego han continuado otros editores. Por ejemplo, por citar alguno, *Terapia de conducta*. Publicaron sus primeros libros en español escritores considerados hoy fundamentales, como Todorov y Kofman; se cubrieron lagunas de autores que no habían publicado en español, algunos por ejemplo del Círculo de Chicago, como Bloomfield, Carnap, Neurath, y también aparecieron libros experimentales como pueden ser *Frases* de Ullán, *Heautontimoroumenos* de Leyva, *Naranja* de Juan Cruz Ruiz y *Cero*



Josefina Betancor, Yolanda Arencibia y Javier Doreste.

de Sánchez Ortiz. Y respecto a lo que Padorno, Manuel, llamó después la “culturita canaria”, no es cuestión de que yo precisamente eche flores a Taller, pero si he de reconocer que con algún fuerte traspiés (como fue el que no consiguiéramos editar la obra de Don Domingo Rivero, siendo así, que había sido uno de los primeros contratos que intentamos que se firmara), lo mas granado de los autores canarios del momento, no sólo vieran publicados sus libros en una editorial de escala nacional, sino también que sus libros se difundieran internacionalmente, como nunca había ocurrido con esa amplitud. La narrativa canaria de los años 70 vivió un momento casi fundacional, con una proyección y una repercusión nunca antes vista. Para Taller fue un honor contar con las obras de tantos importantes y queridos autores como Isabel Suárez, Pepe Alemán, y el grupo suyo de historiadores, Faustino García Márquez, Fernando Redondo, Óscar Bergasa, Antonio González Vieitez, Elfidio Alonso, Emilio Sánchez Ortiz, Juan Cruz, Pórfido Santos John (autor simbiótico entre José Carlos Cataño y Carlos Pinto, hijo, que habían escrito al alimón el libro). Bueno, hay más, hay muchísimos más. Jovencísimos como Félix Francisco Casanova y entre los mayores, Juan Marichal, Domingo Pérez Minik... pero no les voy a aburrir con toda la lista y perdonen si me olvido de alguno importantísimo que se me habrá quedado en el tintero.

Si pudiera repetirse la andadura de Taller tendría que ser bajo otros condicionantes para llegar a buen fin. Para el ambicioso programa que nos propusimos hubiera sido necesario contar con una figura firmemente asentada en el terreno económico y con afán de ganancias, como Pancho de Santillana o Tony Lamadrid de Tusquets. Intentar no sucumbir no es suficiente. También, hubiésemos tenido que saber emplear mejor la mano izquierda. Por ejemplo, seguir el consejo que Carlos Barral nos dio un octubre en la Feria de Frankfurt, cansados de que determinada agente literaria, que no voy a nombrar, nos demorara las transacciones. Y nos dijo: “Cuando la saluden, díganle de entrada que está guapísima, que está elegantísima, ¡todas las flores que puedan echarle!” En recuerdo de esa ocasión tengo en casa pinchada la página de El País en la que aparece “Varguitas”, Vargas Llosa, rodeando con sus manos los hombros de la susodicha agente literaria, bien sentada en su sillón... Y al lado de la foto mi comentario escrito: “Debíamos haber escuchado a Carlos”.

En el 76, después de morir Franco, el país vivió un sarampión político. Desde el punto de vista editorial hubo un paréntesis literario. Por un lado, los distribuidores no atendían como era debido sino a libros del estilo a los que publicaba Rosa Regás, *Qué es el comunismo*, *Qué es la CNT*, es decir, estos libritos que eran unos folletitos. Los distribuidores atendían porque eran los libros que se compraban. La línea literaria quedó bastante marginada. Y también pasó otra cosa, que no aparecieron, no llegaron a aparecer, todos aquellos originales que se presumían escondidos, por impublicables, en recónditas gavetas. Poco a poco se ha ido llegando a la



Josefina Betancor, Yolanda Arencibia y Javier Doreste.

normalidad, y hoy, pasados unos cuantos decenios, el panorama ha cambiado radicalmente. Continúan sus publicaciones en papel los grandes, medianos y pequeños editores, aunque confrontados ahora a una máquina todopoderosa, que permite que un lector, con suaves toques sobre una tableta, pueda extender el movimiento de su mano hasta casi el infinito. Por lo menos esto será posible alguna vez... el infinito no, pero casi, casi. Es el tema del día en lo que se refiere a reproducción de obras escritas, vídeos, fotografías, conciertos. Yo por supuesto no estoy en contra de estos impresionantes avances técnicos, pero lo único que me fastidia un poco es que el español y otras lenguas están sufriendo una especie de "chinificación", por ejemplo en la nomenclatura: iPod, iPad, iPhone, e-Book, Tab, palabras y frases muy cortas, muy cómodas para utilizar, pero realmente un cacao. Bueno, ahora en serio, aunque utilicemos cada vez más Internet y todos estos medios mecánicos, pienso que no hay por qué despreciar las clásicas relaciones inmediatas, como una voz, en directo, música, un concierto, leer un manuscrito y oler un libro recién traído de la encuadernación.

Muchas gracias.